



POEMAS

[Del poemario de próxima
aparición *Libro de familia*]

José Antonio LABORDETA
Ilustraciones José Manuel PÉREZ LATORRE

SENTADO EN EL VIEJO SILLÓN

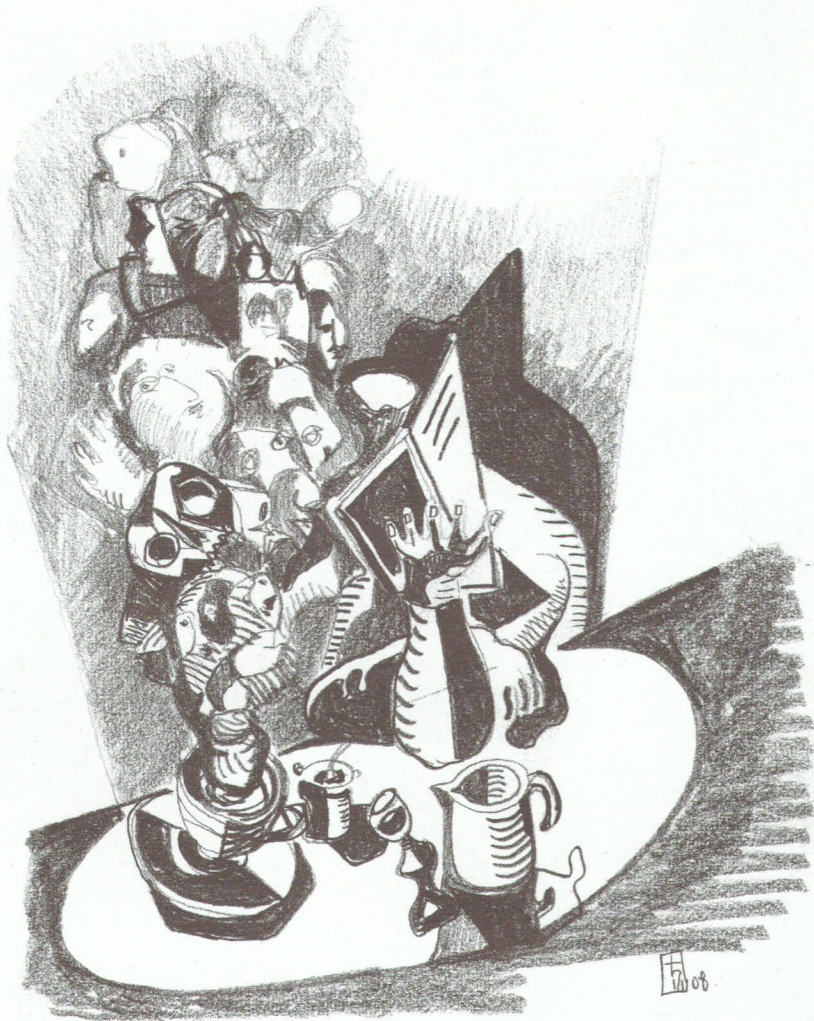
Sentado en el viejo sillón de la azotea
mientras repican los tambores del Viernes Santo
a los pies de mi casa,
veo a mi padre perdido en el gran naufragio
de su España republicana.

Apenas una mueca de dolor,
una mirada ausente
y una lágrima limpia
por lo que nunca fue
aunque jamás
perdida la esperanza.



MIENTEN LOS POETAS

Mienten los poetas
con un descaro increíble:
Cuando hablan de amor
creen que son los únicos amantes
y si hablan de muerte
ellos navegan en la proa
de la nave de Caronte.
Mienten con un descaro total.
Sólo hablan en serio
cuando narran
la melancolía del crepúsculo
del día.



JUEVES CLANDESTINOS

Los jueves por la tarde
las visitas acudían a casa
como viejas gaviotas fatigadas.
Mamá nos preparaba, mudados,
para los turbios besos
de las viejas visitas desdentadas.
Con nuestros escapularios
de la Virgen del Carmen
y engominados a tope nuestros cabellos
las tardes nos parecían
una tortura insoportable.
Durante más de una hora
chismorreaban con grititos engalanados
y al salir, creyentes ellas,
besaban las Vírgenes
de nuestros escapularios.
Mi hermano comenzaba a llorar
y un agrio olor a luto
reverdecía por todas
las estancias oscuras de la casa.



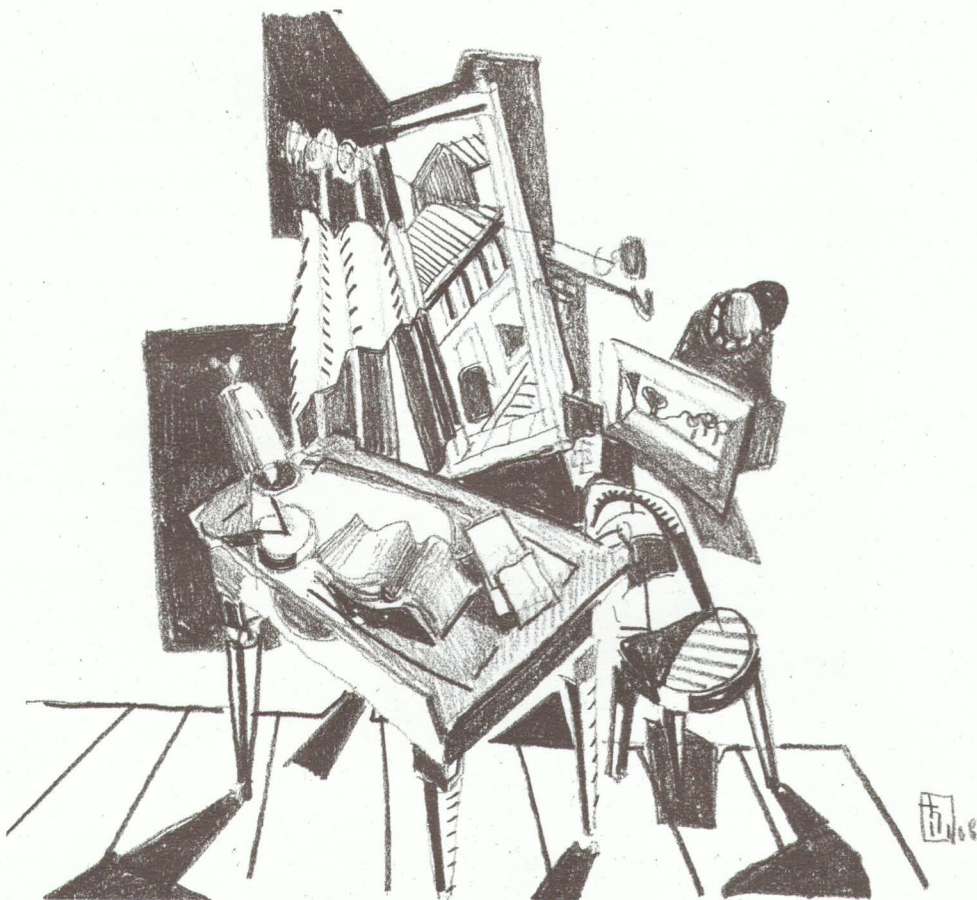


LA DULCE FOTO

Aquella foto dulce
 que mis padres guardaban
 en el desgastado Libro de Familia
 va perdiendo la luz
 y con los años
 quedamos sólo
 mi hermano chico y yo.
 El resto, como sombras,
 intentan sonreír en la lejana
 magnitud de la distancia
 y con dudas y versos desolados
 intento que me vengan. Me acompañen.
 Tan solo la amarillenta luz
 del rostro de mi madre
 me refleja la dulce y entrañable
 distancia de mi infancia.

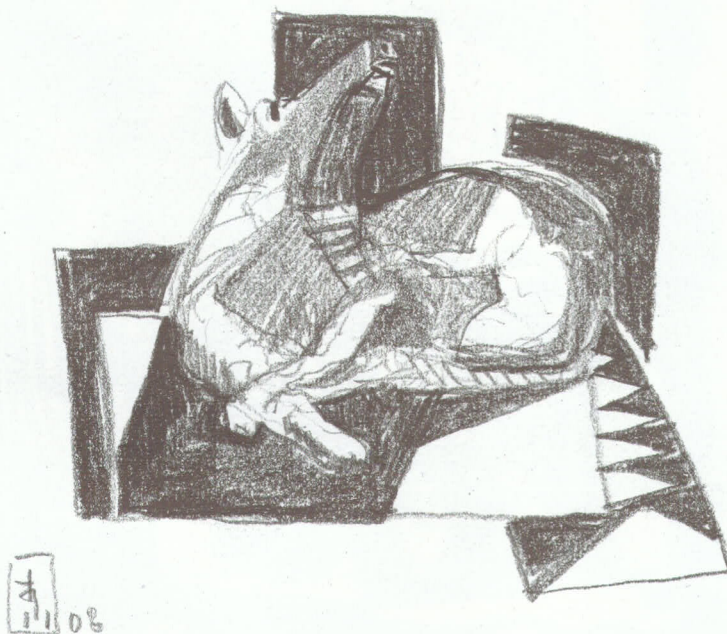
ESCRIBO ESTAS PALABRAS

Escribo estas palabras
 sobre la misma mesa
 en que lo hizo mi hermano Miguel.
 Él escribía poemas de argonautas
 y yo los busco
 en la papelería de al lado de mi casa.
 Su mundo se descubre
 en el cajón corrido
 y el mío se queda solo
 en el pequeño cuarterón
 de la sala de estar.
 He aquí la diferencia
 entre un poeta
 y un versificador sentimental.



MI PERRO

Me mira con la misma sensatez que el tiempo
y con los ojos tristes.
Mi viejo perro quiere decirme adiós
sin la violencia del olvido.
Permanece en silencio y cuando me voy de casa
sus ojos se distancian del tiempo
y se hacen vida con las lágrimas de su despedida.
Se me lleva en silencio. Me arrastra
a los días felices en que ambos
veíamos la vida
como un eterno juego entre los días.
Su presencia me presencia
a todos los seres con los que ambos convivimos
y que ya muchos se nos quedaron a mitad de camino.
Él lo sabe. Lo intuye. Lo refrenda
en su pequeña memoria
y asume la nostalgia
de los tiempos huidos para siempre.
Mi viejo perro, como yo,
se abandona a la desesperanza
de los atardeceres.



LOS OLVIDOS

Los olvidos se guardan
en el armario viejo de mi madre.
Cuando lo abro
los inocentes salen a raudales
y el ilustre profesor sin chaqueta
sonríe con una lejana mueca
de tristeza.
Mi madre, reflejada en el espejo,
me vuelve a dar consejos
igual que cuando niños.
Cierro de golpe
y el silencio atenaza
las brumas del otoño.

LA SIESTA

En definitiva
dormir la siesta
es hundir el mundo en el olvido momentáneo.
Satisface.
Se agradece.
Morir sin saberse muerto
es fundamental
para no llorar por los vivos.
Y en ese instante mi madre
se apoyaba en el quicio
de la ventana huérfana
y lloraba por todos sus parientes abandonados.
La siesta, como siempre,
nos liberaba
del definitivo adiós a los olvidados.



CADA TARDE

Cada tarde
un viento huracanado
me estremece.
Son las sombras de todos los ancestros
y la línea final
de este viejo y siniestro Labordeta.
De mí no queda casi nada
y ellos, que se lo saben,

me asedian en las tardes de cierzo
como si nada quedara del recuerdo.
Se van. Nos vamos. Todos.
La esperanza se quedó arrinconada,
la libertad se tambalea
y todo lo que pensamos que un día llegaría
se ha quedado desierto en la memoria.
Tardes de fábula dorada
muertas en el secuestro de los días.

TODOS LOS DÍAS

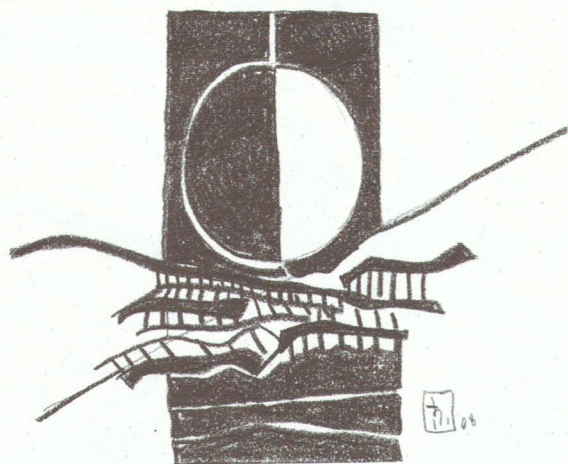
Todos los días
escucho la misma melodía
y me ensombrezco
porque me trae recuerdos
de mi infancia
cuando la eternidad
estaba presente
en el rostro ajado
de mi padre.
Cierro todas las puertas.
Cierro los candados
y él está siempre conmigo

entonando la vieja melodía.
Cuando se fue, casi de golpe,
me quedé colgado
en mitad del último verso
de la canción querida.
Nunca soy capaz de terminarla.
Cierro los candados
y él está siempre conmigo
entonando la vieja melodía.



SE VUELVE SIEMPRE

Se vuelve siempre
a la ojeriza de los atardeceres,
a la lentitud de las noches
y al amargo sabor
de los amaneceres:
Se vive, al fin y al cabo.



EN EL LADO FELIZ

En el lado feliz
mis nietas me saludan
con el jolgorio de los días de fiesta.
Ríen, saltan, se combaten entre ellas mismas
la alegría de ver la vida como un río sin fin,
sin fondo. Como si el mar
llegase a nuestra puerta.
Ante tanto diluvio de alegría
a este viejo poeta abandonado
solo le queda la memoria,
la inestable memoria de los vagos recuerdos
olvidados.
Gracias a que la vida está entre ellas
rompiéndome la cruz de los silencios,
la vaguedad inútil del desierto
y la cumbre final de una montaña
me siento como vivo.
Como un ser humano acompañado.



LOS CAMINOS

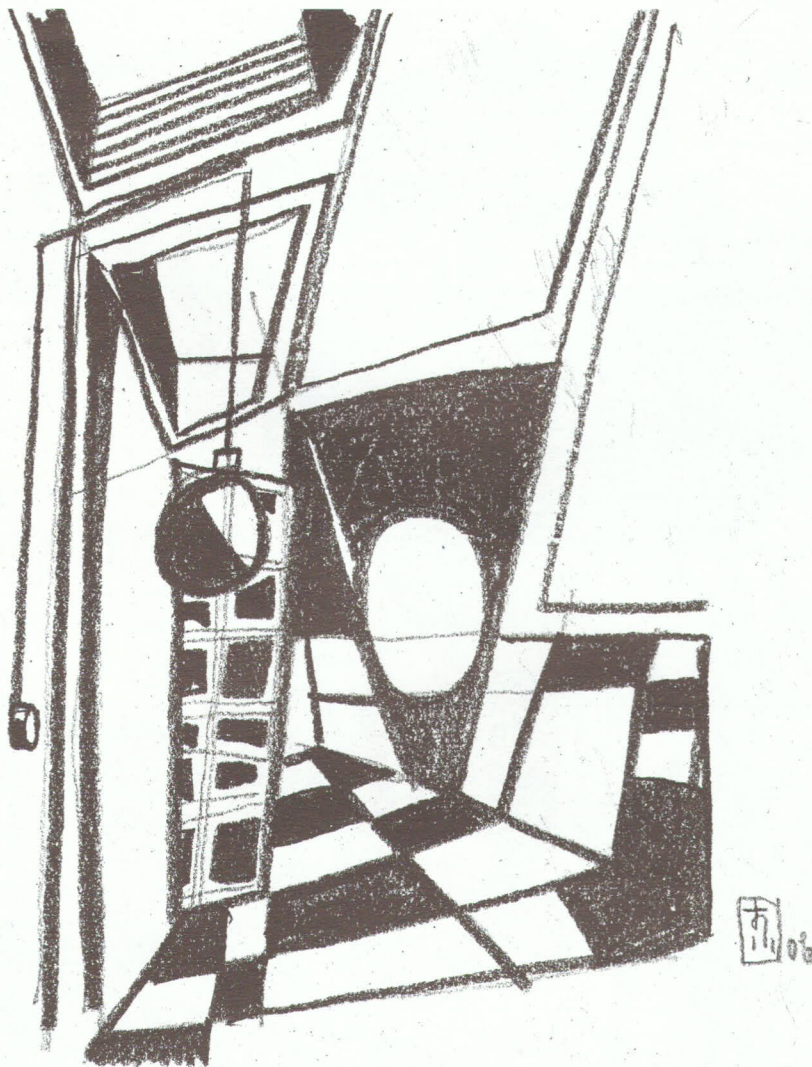
Los caminos se hacen vertiginosos
 los días en que el viejo patriarca
 deambula por los largos pasillos
 de la casa arruinada.
 Como puros fantasmas
 los hijos contemplamos
 la terrible debacle de la historia.
 Ni una pequeña alegría
 en el destartado balcón
 de los vecinos.
 Solo el tiempo victorioso
 en los ojos amargos del recuerdo.

HAY DÍAS

Hay días que me asalta
 la melancolía
 de los inútiles.

LIBRO DE FAMILIA

Mi hermano Miguel cenaba siempre
 con un gato negro sobre los hombros.
 Los ojos de mi hermano sondormían
 y los del gato, por el contrario, vigilaban
 el ritmo de la casa.
 Acabada la cena
 el gato regresaba a su rincón
 y mi hermano recitaba poemas de Mallarmé.
 Mi madre, mientras tanto,
 se quejaba de la huella
 que el gato dejaba
 en el viejo chaquetón de casa.



ÚLTIMO POEMA

He perdido mi imagen
 en las solapadas tardes del otoño,
 en los virginales amaneceres
 de las primaveras
 y me queda tan solo
 el silencio de mi rostro
 perdido en los inviernos.
 Como en el silencio
 las imágenes quedan para siempre
 en el lugar donde mueren las palabras.